



## RESPONSO A DON VETILIO ALFAU DURAN

Por Ubi Rivas

Con el deceso del doctor don Vetilio Alfau Durán, pierde el país a uno de sus investigadores históricos más acuciosos, serenos, entregados, con una meridiana vocación de servicio que no conoció la indisposición jamás.

En la historia republicana de 141 años nuestra, difícilmente se encuentre una figura de más méritos ciudadanos y dimensión de aportes sustanciosos a su país desde la óptica del estudio histórico autóctono, que don Vetilio Alfau Durán.

El vivió consagrado a ese menester, a ese preocupante quehacer, y aparte de lograr su propósito, lo hizo además con brillantez, extrema sencillez, que porfió siempre con su infinita amabilidad, inagotable y su sempiterna, genuina sencillez.

Encontrándose de sopetón con el cambio brusco operado en nuestra sociedad a partir de 1965 luego de la segunda intervención militar de los Estados Unidos en lo que va del presente siglo en nuestro país, donde el

snobismo ha hecho estragos y los valores tradicionales se han trocado en contravalores, don Vetilio permaneció íntegro, incorruptible, enhiesto como los firmes picachos que desafían el vendabal de los vientos y los tiempos.

Permaneció integérrimo, obedeciendo al añejo llamado, a la vieja prédica incrustada en su higüeyano hogar, sano, humilde, pero vibrantemente digno.

Pude por fortuna encontrarme entre los que le conocieron y trataron. Pude contarme entre sus amigos, asiduo visitante a su hogar, donde el tiempo por luengo que fuese parecía discurrir de prisa.

Echado hacia atrás en su mecedora, con su eterna pijama, don Vetilio era todo conocimiento, fechas, datos, nombres. Una computadora vibrante de carne y hueso.

Cuando algún dato no le acudía a tiempo a la memoria, cerraba los ojos, echaba la cabeza alba hacia atrás, ponía el puño derecho en la frente y sondeando el pretérito, el almacén cuantioso de sus recuerdos, empezaba a aflorar la secuencia que fuese, la anécdota, el dato, la fecha, la descripción del personaje, paulatinamente, enriquecido por el saber de este dominicano venerable.

Pero hubo más que aportes sustanciales históricos de don Vetilio a su país. Aparte de su conducta intachable, sin los extremismos purificantes de un Maximiliano Robespierre, y fue su infinita comprensión, su fácil descenso hacia el prójimo, su soberana y casi pueril incapacidad para hacer daño, murmurar, afeardar o enlodar reputaciones ajenas.

En una sociedad proclive a prejuizar, a difamar por recurrencia mediocre, don Vetilio se irguió sobre esos enanismos humanos y permanentemente catedratizó sobre una forma excelsa de convivencia, de conducir las humanas relaciones.



Su hogar fue una especie de ágora tropical, donde acudieron no solamente estudiantes en procura del dato que no se encontraba en ningún lugar, fácil, a mano, sino muchos colegas, y también reputados historiadores, que siempre abrevaron en la fuente inagotable y vivificante de este dominicano ilustre y memorable.

En más de una ocasión sugerí que don Vetilio debió haber sido declarado patrimonio cultural viviente de la República Dominicana, y en cada una de esas ocasiones mi sugerencia fue desestimada, para que con él se cumpliera la célebre ocurrencia de don Pedro Saillant de que el pueblo dominicano, los dominicanos, reconocemos a nuestros grandes hombres cuando son nuestros grandes muertos.

El integra una élite intelectual que en el pasado se refiere a Antonio del Monte y Tejada y José Gabriel García, y más reciente a don Américo Lugo, y hoy, a don Emilio Rodríguez Demorizi, Julio Genaro Campillo Pérez, Frank Moya Pons y don César Herrera.

Paz a los restos mortales de don Vetilio Alfau Durán, un dominicano ilustre que pasó por la vida regando sapiencia, servicios y bondades.

